

MIRANDA DE EBRO: LOS INSOSPECHADOS CAUCES

DE UNA RED DE EVASIÓN INTERNACIONAL

(Homenaje a los gallegos cooperantes del MI6)

ÁNGELES EGIDO LEÓN

PATRICIA MARTÍNEZ DE VICENTE

El pasado 23 de mayo del 2003, el doctor Eduardo Martínez Alonso habría cumplido cien años. Es evidente que para el lector en general este aniversario pasó totalmente desapercibido, a pesar de que se trataba del centenario del nacimiento del primer cirujano torácico que operó el cáncer de pulmón en España a fines de los años 1940. Acontecimiento tan desconocido para la gran mayoría como sus heroicidades en el salvamento clandestino de refugiados extranjeros durante la Segunda Guerra Mundial.

Esa discreción extrema que le caracterizó en vida, se repetía curiosamente a su muerte, cuando la casualidad hizo coincidir su aniversario con otro centenario próximo y mucho más celebrado que el suyo, el de George Orwell, autor del famoso *Homenaje a Cataluña*, libro que ha permitido a varias generaciones posteriores disfrutar de la agudeza de un análisis inteligente de la Guerra Civil Española. Orwell, abiertamente identificado con el republicanismo catalán, no disimula en su novela de memoria histórica, su abierta admiración por aquellos

catalanes derrotados y luchadores, en una España caótica y bélica como la que ambos vivieron. Valgan estas páginas, pues, como sencillo homenaje a otros héroes bélicos (ahora gallegos), entre los que se cuenta el doctor Eduardo Martínez Alonso, que participaron en otra guerra próxima: la Segunda Guerra Mundial, y que lo merecen por motivos quizá de menor relevancia política, pero sin duda de mayor importancia social: su labor humanitaria en la clandestinidad.

Un médico comprometido

Todo empezó con el descubrimiento fortuito de un modesto diario, escrito durante su acogimiento en Londres en 1942 (y misteriosamente aparecido durante una mudanza cuarenta años después) que, unido a las memorias que él mismo escribió y Doubleday publicó en Nueva York en 1961^[1], decidió a su hija a recopilar datos e hilvanar comentarios, escuchados durante toda su vida con ese sesgo misterioso que conlleva cualquier labor realizada en la clandestinidad, a elaborar la historia completa de sus hazañas y presentar otro capítulo, inédito hasta el año 2003, de una aventura humanitaria desarrollada en la España oficialmente neutral de los años 1940-42.

Gracias al testimonio de su viuda y a la labor investigadora de su hija, que lo recuerdan con entrañable cariño treinta años después de muerto, aunque jamás lo consideraron un héroe, a pesar de conservar las condecoraciones británicas y polacas que lo distinguieron oficialmente por esa labor, ha sido posible

reconstruir esta peculiar historia.

La azarosa experiencia personal y profesional del doctor Eduardo Martínez Alonso, con el Servicio Secreto Británico (el famoso MI6) establecido en España a espaldas del gobierno franquista a principios de la Segunda Guerra Mundial, y operando, lógicamente con el beneplácito de Winston Churchill, desde la Embajada Británica en Madrid, está entrañablemente ligada a su propia historia de guerra (y amor). Una historia que culmina con la fuga obligada de dos recién casados, encubierta como una sencilla luna de miel en Lisboa, camino de Londres, para solapar realmente su escapada de una Gestapo excesivamente entrometida en lo asuntos de España al amparo de las simpatías germanófilas del régimen de Franco.

Esa fue la salida que el médico comprometido halló más conveniente para eludir una persecución que él venía sufriendo desde hacía al menos dos años (1939-1941) por su labor clandestina humanitaria. Examinada con la perspectiva del tiempo, tanta audacia puede parecernos fascinante, pero los protagonistas, en su día, no le dieron mayor importancia que la de coincidir con su boda viguesa en enero de 1942 y un prolongado viaje de novios a Lisboa, que terminó en Londres en 1946, ya finalizada la guerra. Tampoco le dio mayor trascendencia el resto de la familia, porque el asunto lo zanjó la propia guerra.

Por otra parte, la actitud personal ante la vida del doctor Martínez Alonso

contribuyo a mantener oculta esa aventura, bajo una exagerada discrecion que le impidió detallar abiertamente su cooperación en los salvamentos humanitarios desde España a comienzos de la Segunda Guerra Mundial en asociación con los británicos, de forma totalmente clandestina, y, por tanto, jugándose la vida a cada instante, incluso ante sus familiares más directos. El pacto de silencio alcanzó a todo el grupo de protagonistas, que lo mantuvieron firme durante la mayor parte de sus vidas, hasta el punto de que han tenido que pasar sesenta años para que pudiéramos redondear su secreta colaboración con el MI6. Ni siquiera su mujer, que llegó a compartir gran parte de sus aventuras, no siempre a sabiendas, e incluso cooperó en más de una ocasión como inocente coartada ante los agentes de la Gestapo que los perseguían entre Madrid y Vigo, llegó a conocerla realmente al completo.

Churchill decide intervenir_

En 1939, el capitán Alan Hillgarth, uno de los elementos claves para entender esta historia, es destinado como agregado naval a la embajada británica en Madrid. A los pocos meses, en la primavera de 1940, se produce el cambio de gobierno del recién nombrado primer ministro, Winston Churchill, tras la imprevista muerte de lord Chamberlain, acontecimientos directamente ligados al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, el 3 de septiembre de 1939. El almirante John Godfrey, director de Inteligencia Naval en el Almirantazgo fue, según parece, el principal promotor del nombramiento oficial español de Hillgarth, al comprobar personalmente la habilidad del capitán en su cargo anterior como vicecónsul en Palma de Mallorca, desde 1933[2]. Unas referencias muy favorables que no ignora Churchill de cuando era, por las

mismas fechas, primer lord del Almirantazgo. Hillgarth es un joven marino británico de novena generación por línea materna, e hijo de un famoso médico de Harley Street en Londres, lo que, añadido a su conocimiento del español y una inteligencia despierta, le convertía en un candidato idóneo para ocupar el puesto en Madrid.

Presionado por la premura de la guerra, tema prioritario para su gobierno, y alentado por su propio interés personal en cuestiones de Inteligencia, Winston Churchill es consciente de la importancia que tiene reorganizar este crucial sector de su gobierno, renqueante aún desde la Primera Guerra Mundial. Muchos de los puestos principales de las oficinas de Whitehall, donde se centraliza el Servicio de Inteligencia Secreta, estaban aún en manos de antiguos héroes de 1918, que difícilmente se acoplaban a las necesidades de 1939[3]. Todo ello provoca la readaptación del SIS (Secret Intelligence Service), o MI6, muy próximo al MI5, el Servicio de Seguridad, al que irá unido junto a los demás derivados del Servicio Secreto para el exterior, expresamente creados para cubrir la necesidades bélicas.

Churchill, ante el alarmante avance alemán por el continente europeo y decidido a mantener a toda costa la neutralidad española, considera decisivo reactivar con nuevos bríos los Servicios de Inteligencia también en España. Las afinidades del general Franco con los países del Eje y la influencia de su estrecha relación con Mussolini y Hitler podían representar un enorme peligro para los aliados y el futuro desarrollo de la Segunda Guerra Mundial. De ahí que, insospechadamente, y sin menoscabo de la trascendental importancia de los enclaves neutrales de Lisboa y Berna, Madrid cobre mayor importancia como centro de operaciones del Servicio Secreto británico, incrementada por su proximidad a Tánger y a Gibraltar. Por otra parte, el nuevo responsable del puesto madrileño deberá reunir unas características personales a las que Hillgarth parece responder de la manera más acertada[4].

Hasta tal punto se considera trascendental la reorganización del Servicio Secreto, de acuerdo a las nuevas necesidades bélicas, que el nombramiento de sir Samuel Hoare como embajador en Madrid por Winston Churchill, tiene una gran repercusión entre los responsables diplomáticos. Un veterano en múltiples lides como secretario del Home Office y que, además, curiosamente, ya había compatibilizado un puesto diplomático previo en Rusia con otro en el Servicio de Inteligencia[5]. Pero en cuanto toma posesión en Madrid, Hoare deja claro que “el SIS deberá refrenarse y tratar de hacer lo posible para no ponerle a él, como embajador, en un compromiso con el gobierno español”[6]. Sintiéndose coaccionado por esta decisión, Hamilton-Stokes, uno de aquellos herederos de la Primera Guerra Mundial bien situados en el Servicio Secreto y máximo representante del SIS para España, decide marcharse. Es entonces cuando el almirante John Godfrey piensa en situar en su lugar al capitán Hillgarth en una doble función diplomática.

Con este telón de fondo, el nuevo agregado naval, además de sustituir al responsable de la Inteligencia británica en Madrid en la primavera de 1940, deberá capear con astucia particular, en su delicada doble función, las complejas mareas de la turbia neutralidad española. Su papel es el de representante aliado en clara desventaja ante su máximo enemigo: Alemania, en un país teóricamente neutral, cuyo gobierno, no obstante, no puede ocultar sus verdaderas simpatías, por mucho que intente presentarse como mero observador de una guerra de envergadura internacional. Hillgarth comprende inmediatamente el cambio trascendental que le acarreará su nueva situación ante el gobierno español y más concretamente ante Serrano- Súñer, que acapara ahora los cargos de ministro de Asuntos Exteriores y de Gobernación, conocido germanófilo en aquel momento y, sobre todo, muy cercano a Franco, con cuya hermana se había casado. Una relación que ya había mantenido previamente como agregado naval, pero que ahora se hará mucho más delicada al tener que compaginarla con su responsabilidad en el SIS.

Aunque contaba dentro de la Embajada con los catorce fieles empleados -heredados de Hamilton-Stokes, un secretario jerezano, familiar de los bodegueros Williams & Humbert- y veintidós cónsules británicos estratégicamente situados en los principales puertos españoles[7], Hillgarth comprende rápidamente que será imprescindible encontrar el refuerzo humano externo para cumplir con los exigentes proyectos de Inteligencia diseñados por Winston Churchill para España, máxime sabiendo, como sabía, que deberían ocultarse no sólo al gobierno español, cercano a los países del Eje, sino a la aversión de su propio embajador. Para el historiador Nigel West esta es la razón por la que Hillgarth reclama a su hijastro, David Babington-Smith (casado con Joan, la hija de su mujer), como responsable del SOE (Special Operations Executive), que, junto a Michael Creswell, encargado del MI9 (Escape & Evasion Service), y Alan Lubbock, en su doble papel de agregado militar, formarán el principal grupo de refuerzo para las actividades de Inteligencia británica en la España de la Segunda Guerra Mundial. El doctor Eduardo Martínez Alonso, médico de la embajada británica en Madrid, además de médico de Cruz Roja Española, se convierte entonces en un apoyo local de inestimable ayuda, particularmente en las actividades humanitarias de las que Hillgarth también deberán hacerse cargo dentro del nuevo proyecto español.

No es nuestro principal cometido describir aquí los logros políticos y diplomáticos de este significativo equipo, aunque sin duda los hubo, sino dar testimonio, sesenta años después, de las arriesgadas hazañas humanitarias que llevó a cabo. Hazañas que hemos podido conocer a través de las escasas declaraciones familiares, y más concretamente de las de la viuda del doctor Martínez Alonso, con quien las compartió en su mayoría, secretamente centralizadas por los aliados –forzados por las necesidades del momento- en esa misma embajada de Madrid, aunque fuera tan a disgusto del embajador. Por otra parte, y pese a ello, ese mismo embajador, una vez terminada la contienda y ya destinado en otro puesto, no dudó en atribuirse méritos ajenos, asegurando que gracias a la intervención del SIS “logramos liberar a todos los prisioneros británicos escapados vía España, además de miles de aliados. Ninguno de ellos fue entregado a los alemanes”[8].

Hoy sabemos que, en realidad, fueron otros valientes ignorados los que tuvieron que arriesgarse para salvar a esas miles de personas y no sólo militares aliados. El “comando de resistencia” informal creado a partir de la complicidad

amistosa y desinteresada de los amigos de Hillgarth, estrechamente unidos por una responsabilidad humanitaria, quizá también por una misma condición social y por una análoga identificación con los aliados, pero ajenos a cualquier conexión ideológica, política o religiosa determinada, fue, sin duda, el mayor logro profesional español del agregado naval, entre sus múltiples responsabilidades en España. Algo que muy pocos conocían fuera de su estrecho círculo, aún cuando hubo un momento, tiempo después, que se llegó a saber su doble función diplomática. Pero nada había sido totalmente explicado hasta que la hija del Dr. Martínez Alonso decidió divulgarlo en *Embassy y la Inteligencia de Mambrú*[\[9\]](#).

Esta secretísima cooperación incluía al responsable de pasaportes, David Thompson; a Juan Bourgignon, un holandés escapado del nazismo, casado con una inglesa y dueño de la floristería del mismo nombre (que aún existe en la calle Almagro); a la dueña del salón de té “Embassy”, la irlandesa Margarita Taylor, y al doctor Martínez Alonso, muy amigos entre sí. Todos ellos no dudaron en aliarse desinteresadamente con los máximos responsables del Servicio Secreto británico para formar un sólido tándem destinado a sostener una causa fundamentalmente humanitaria. Una unión tan solidaria como callada. Han tenido que pasar más de sesenta años para que fuera posible recopilar esta información, cuyos datos básicos se han contrastado, y comprobado, en los archivos correspondientes y con lecturas históricas[\[10\]](#).

Una insospechada red de evasión

Siempre sujetos a esa postura indeterminada del gobierno español, indiferente a los derechos de los prisioneros de guerra internacionales, claramente estipulados en el Convenio de La Haya, el mismo embajador Hoare confiesa que ante tanto impedimento para liberar a los presos aliados del campo de Miranda de Ebro (Burgos), donde se concentraban en aquellos años la mayor parte de los disidentes extranjeros[11], tuvieron que buscar rutas alternativas y realizar las evacuaciones de sus prisioneros por medios menos lícitos. Las aprobaciones oficiales españolas dependían tanto del complejo entramado de ministerios y autorizaciones del gobierno español, que las demás embajadas aliadas en Madrid tuvieron que concentrarlas sólo en la británica. Así fue como “una responsabilidad que debería recaer en la Cruz Roja, u otras asociaciones humanitarias de los gobiernos aliados” acabó en manos británicas, porque “las condiciones particulares en las que tuvimos que operar lo hicieron imposible[12]”.

Los métodos de rescate, pues, tuvieron que improvisarse como se pudo y ahí es donde interviene la ayuda médica desinteresada. Las memorias del doctor Martínez Alonso son elocuentes:

“La Embajada Británica me había responsabilizado de la salud de los soldados británicos que fueran llegando a Miranda de Ebro. Todos los fines de semana el agregado militar y yo íbamos a llevarles provisiones y asegurarnos de la identidad de los presos...”

También proporcionan algunas claves, cuya importancia se verá después:

“Lo que más me preocupaba es que pudiera haber un brote de tifus. Por eso repartimos planchas eléctricas para que el calor abrasara a los piojos en las costuras... De vez en cuando liberaban a unos cuantos prisioneros que posteriormente pasaban a la Embajada en Madrid, se les entregaba ropa nueva y documentación, poniéndoles rumbo a su salvamento. Llegó el momento desafortunado que un militar contrajo el tifus y gracias a eso lo pusieron en libertad. ...”

Y explican como se fue fraguando la red de evasión:

“Observé que no había motivo para que estos muchachos tuvieran que pasar tantas penalidades en Miranda de Ebro y se me ocurrió un plan bastante simple. Se podían aprovechar los enlaces de los resistentes franceses que pasaban clandestinamente a los fugados por los Pirineos y evitar que recabaran siempre en Miranda. Habría que preparar una serie de puntos estratégicos próximos a esos pasos y recogerlos directamente. Nosotros nos encargaríamos de llevarlos después a la embajada en Madrid para trasladarlos posteriormente a Portugal o a Gibraltar. Sabíamos que ésta operación era muy arriesgada y que nos jugábamos el cuello al tener que recorrer distancias largas con

contrabando humano en carreteras estrechamente vigiladas por la Guardia Civil....

Y los medios a que recurrieron para lograrlo:

Acordamos con los posaderos y hasta con los frailes en ciertos monasterios que recibieran y escondieran a las personas y que nos avisaran cuando llegasen y estuvieran preparados para continuar viaje. Les entregamos dinero y ropa para que se lo facilitaran a los indocumentados y esperamos los resultados. Estos fueron excelentes y el sistema funcionó durante toda la II Guerra Mundial” [\[13\]](#).

Estas operaciones clandestinas comenzaron a funcionar en la primavera de 1940 y continuaron, siempre a espaldas del gobierno español, hasta al menos 1944, dos años después de su huida. Pero a los pocos meses de comenzar, como reconoce el propio embajador británico, la cosa se agravó:

“Los gobiernos de los Países Bajos, Holanda, Bélgica, Yugoslavia, Grecia, Polonia, Checoslovaquia y parte de Francia - exceptuando Vichy - no estaban reconocidos por el gobierno español y tuvimos que ocuparnos de todo ellos.. Aunque (en principio) sólo debíamos responsabilizarnos de los refugiados británicos, hubo que ampliarlo a refugiados de todo tipo. Miles de anti-nazis alemanes y austriacos,

particularmente judíos, llegaban sin que se les aceptara la nacionalidad. Nuestra batalla contra la Gestapo era interminable” [14].

Ante los imperativos de las instrucciones aliadas superiores, Hoare tuvo que claudicar y retractarse de aquellas exigencias de embajador recién llegado en cuanto a las limitaciones del SIS en España. Condicionados por las abrumadoras necesidades de una guerra internacional, tuvo que ceder a las presiones de Winston Churchill y aceptar centralizar la ampliación de las operaciones humanitarias, a través de la embajada madrileña, entre las responsabilidades que recayeron sobre el SIS. Para colmo, el embajador se tuvo que poner en evidencia ante el capitán Hillgarth, que aunque como agregado naval estaba naturalmente supeditado a los requerimientos superiores de su embajador, por su alta responsabilidad ante el SIS, tenía línea directa con el primer ministro y las oficinas en Whitehall.

Londres, en efecto, había centralizado en Hillgarth la responsabilidad de los salvamentos y de la evacuación (por la vía que fuese) de los refugiados que cruzaban la Península Ibérica hasta depositarlos a salvo en Portugal, la mayor parte de las veces, por tanto, tenía total autonomía, y libertad de movimiento, con tal de conseguir los resultados esperados [15]. Una prioridad máxima cuando se trataba de salvar vidas. Esta congestión de responsabilidades, revirtió en innumerables choques diplomáticos internos, y paradójicamente se tradujo en una fama de alocado e irresponsable que recayó sobre Hillgarth, de manera totalmente injusta, porque no coincidía ni con su personalidad ni con la realidad de su misión. Ha sido el historiador David Stafford quien aclara,

cincuenta años después, que ese inusitado arrojó era el reflejo de las instrucciones directas del propio primer ministro [\[16\]](#), quien, por otro lado, supo corresponderle profesionalmente con creces al terminar la guerra.

Acuciados por la necesidad de centralizar las evacuaciones de los aliados europeos exclusivamente en la embajada británica en Madrid, de paso a Lisboa o a Gibraltar, y siempre a espaldas del gobierno español, los planes de salvamento y rescate sufrían continuas adaptaciones, obligando a estimular la imaginación de los cooperantes con constantes improvisaciones. Fue entonces precisamente cuando Alan Hillgarth pudo comprobar mejor la solidaria fidelidad de sus amigos del salón de té “Embassy”, quienes lo apoyaron voluntariamente, reuniendo sus fuerzas en absoluto silencio, para llevar adelante los intrincados salvamentos españoles, aún convencidos del riesgo que corrían y que asumieron incondicionalmente.

Una “epidemia” providencial

Es fácil suponer que en ese momento la situación en Miranda de Ebro tenía que ser calamitosa. Un centro penitenciario habilitado en la primavera de 1940 para quinientos presos de la Guerra Civil Española, estaba ahora atestado por cerca de tres mil. Entre ellos había desertores de los ejércitos europeos sometidos a los nazis, numerosos civiles enemigos del III Reich y particularmente judíos, de distintos orígenes, del principio de la persecución [\[17\]](#). Aunque los reclusos a los que nos referimos en particular eran en su mayoría polacos, todos eran

víctimas que escapaban como podían hacia suelo neutral, indocumentados o cuyos documentos no tenían validez por la misma guerra. Hacinados y sin medios adecuados de salubridad, mal alimentados, e incomunicados del resto del mundo, cualquier método de liberación, o aún mejor, que evitara su paso por allí, tenía que ser válido. No es descabellado imaginar tampoco que durante las visitas semanales del doctor Martínez Alonso, se firmaron certificados médicos injustificados, o se adujeron motivos cualesquiera para sacar del campo a múltiples prisioneros previamente concertados.

Un caso merece, sin embargo, especial atención. Hacia 1941 un militar inglés enfermó de tifus. Su enfermedad serviría de excusa para inventar una proverbial epidemia. Notificado el caso al capitán Bordonado, al cargo del campo de concentración burgalés, y a la vista de su reacción, el agregado militar Alan Lubbock y el doctor Martínez Alonso, exageraron la situación, hasta el punto de que este *único* caso se convirtió en una epidemia de tifus inexistente. Una epidemia inventada que les permitió liberar a un número indeterminado de reclusos, en su gran mayoría judíos polacos[18].

Puesto el asunto en conocimiento del doctor Francisco Luque, director de Cruz Roja Española, éste envió varias ambulancias de refuerzo para trasladar a los falsos enfermos, previamente reconocidos y certificados como enfermos de tifus por el doctor Martínez Alonso, que gracias a esta improvisada solución no sólo salieron con relativa facilidad de su cautiverio, sino que pudieron escabullirse de los controles en su recorrido por las carreteras españolas.

Una vez fuera del campo, quedaba otro escollo no menos dificultoso: sacarlos del país, y hacerlo clandestinamente. Tenían que evitar cualquier influencia gubernamental que pudiera devolverles a su confinamiento, o aún peor, a sus orígenes. Aunque libres del cautiverio, legalmente seguían siendo indocumentados y furtivos para el gobierno español y, por tanto, ilegales. Un riesgo insalvable aún en el caso de que lograran alcanzar la frontera, porque sin duda levantaría sospechas la forma en que habían conseguido llegar hasta allí. Era algo que, ni siquiera acogiéndose al Convenio de la Haya, podían solventar.

Otro importante problema era el número y, en consecuencia, el alojamiento. Al tratarse de grupos numerosos, no podían pasar desapercibidos. Tampoco podían albergar a todos en la misma embajada. Y aquí es donde entra en juego otro eslabón de la cadena. Debido a su gran amistad con el agregado naval y especialmente conmovida por la situación de las víctimas, sabiendo lo abrumados que estaban sus amigos diplomáticos, Margarita Taylor pone a disposición de los británicos, no sólo su salón de té, “Embassy”, en el Paseo de la Castellana, 12, sino también su vivienda sobre el mismo, que se utilizará hasta el final de la guerra como cobijo clandestino de miles de víctimas, refugiados y judíos perseguidos por el nazismo europeo a su paso por Madrid, y siempre bajo las indicaciones del MI6 establecido en la España neutral. Otros se repartieron entre familias concertadas, dentro del reducido círculo de cooperantes británicos, y los que realmente estaban enfermos, pasaban directamente a vivir en el piso del doctor Martínez Alonso, en la calle Gurtubay 6, hasta su mejoría y traslado a la frontera. Era imposible hospitalizar a nadie en semejante situación, ni siquiera en el hospital de San José y Santa Adela, el centro de Cruz Roja Española situado en Cuatro Caminos, donde él ejercía y

que dirigía el doctor Francisco Luque, dado el férreo control de ingresos que tenía en aquel momento cualquier centro hospitalario.

Una vez recuperados, la mayoría de los liberados continuaban camino a Gibraltar y a distintas fronteras portuguesas, según cuentan el mismo Martínez Alonso en 1961, el embajador Hoare, e historiadores como Nigel West y David Stafford en su libro sobre Churchill y el Servicio Secreto[19]. Pero éstos dos últimos posiblemente no sabían que sus protegidos viajaban al resguardo de los coches con matrícula diplomática, luciendo una visible banderita británica. Ese fue el método mas común para transportar a esos más de 30.000 evacuados, número reconocido por el embajador Hoare[20], que se salvaron gracias a que cruzaron de esta manera la Península Ibérica entre 1940 y 1944 para rematar su fuga hacia Portugal. Era el método más adecuado para saltarse los numerosos controles de la Guardia Civil y evitar presentar unos salvoconductos imprescindibles para las autoridades españolas.

Las rutas hacia la frontera.

Los desvíos pirenaicos alternativos conectados con la resistencia francesa, según explica Martínez Alonso en sus memorias, aunque sin detallar, pudieron utilizarse gracias a un conocido suyo que jugó un papel crucial en los pasos fronterizos del Pirineo leridano: su antiguo capellán en la unidad móvil de Cruz Roja durante la Guerra Civil, en la zona de Teruel, el fraile de la orden

capuchina, Francisco de Lazcano. Este religioso sería la principal referencia para organizar el paso clandestino de Jaca.

Aunque el 18 de julio de 1936 Martínez Alonso se alistó, sin filiación determinada, para ir al frente como médico de campaña con Cruz Roja, le enviaron al lado republicano. Posteriormente, se pasó al lado nacional, donde concluyeron sus servicios en 1939 como capitán médico. Por tanto, había estado presente en ambos lados de la contienda civil, aunque escudado siempre con la Cruz Roja, cuando trató muy de cerca al fraile Lazcano. Esta amistad tan directa tuvo un considerable valor posterior en el socorro británico en la España neutral de la Segunda Guerra Mundial. Rebuscando entre antiguas fotos familiares, que la autora de *Embassy y la Inteligencia de Mambrú* envió al actual superior de los hermanos capuchinos del convento de San Antonio de Pádua, en Pamplona, José Antonio Lasa, pudieron verificarse los nombres de otros dos hermanos que cooperaron con Lazcano.

Desde el recóndito convento que tenían la orden capuchina en Jaca, ya inexistente, el entonces superior provincial, Serafín de Tolosa, y el secretario provincial, Crispín de Rieza, nombrados en sus cargos en julio de 1942, escasos meses después de la huida de los recién casados, continuaron asistiendo a las víctimas a su marcha, junto a Michael Creswell, responsable del MI9 (Escape & Evasion Service) desde la embajada en Madrid, y siempre de acuerdo con las indicaciones del MI6. Los enlaces de resistencia pirenaicos depositaban a los afectados al resguardo de los frailes y posteriormente los recogían los diplomáticos británicos para continuar con sus distintos traslados, aprovechando la inmunidad de su matrícula diplomática. Algo de lo que José

Antonio Lasa acaba de enterarse, puesto que ya no queda ningún fraile capuchino de aquel tiempo, ni lógicamente se hizo registro alguno de esta colaboración.

Las fotos y el testimonio actualizado de la viuda del doctor Martínez Alonso confirman que este convento fue un cobijo más, en la ruta de las evacuaciones aliadas por el norte de España que, según parece, se continuó utilizando prácticamente hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. Una conexión posterior en Aranda de Duero, camino de la finca familiar de los Martínez Alonso en Redondela, sobre la Ría de Vigo, en Galicia, y otras variantes fronterizas que no se conocen aún con exactitud, fueron el itinerario norteño más usual hacia Portugal. Una ruta que evitaba el peligro añadido del paso por Madrid y donde un nuevo relevo de solidarios voluntarios portugueses sustituían a los de España al final de las evacuaciones peninsulares, rematando el proyecto de salvamento planeado por los aliados con el valioso, y prácticamente ignorado, respaldo de la población civil.

Ni los rescatadores ni los rescatados conocían los nombres de unos y otros - consigna prioritaria para quedar a resguardo de la persecución nazi. Por tanto, nunca sabremos quienes se refugiaron exactamente por este método hasta que lograron escapar definitivamente. No obstante, en el archivo del Public Records Office, en Surrey (Inglaterra), se conserva un listado de nombres [\[21\]](#) de refugiados polacos procedentes de España, llegados a distintos puntos de Portugal y que, según parece, lograron alcanzar finalmente a La Argentina, que coincide con las fechas de las que hablamos [\[22\]](#).

También la finca de La Portela, aunque reformada en su estructura interna, se mantiene en el mismo idílico paraje de la ría de Vigo, en Redondela, entre la isla de San Simón y el estrecho de Rande. Esta finca era uno de los últimos eslabones españoles que utilizaba la Inteligencia británica para sacar clandestinamente a los refugiados hacia Portugal, en la ruta norteña que describe, y según confiesa él mismo, ideó el propio Eduardo Martínez Alonso para ayudar a su gran amigo Alan Hillgarth a evacuar a los perseguidos. Los gruesos muros que la rodean, intactos aún, conservan la misma puerta trasera insignificante sobre un pequeño puerto de rocas naturales, por donde han salido directamente varias generaciones de familiares y vecinos a bañarse en el mar desde niños. Ésta era la salida que utilizaban también los rescatados alojados por la familia Martínez Alonso para escapar a Portugal por mar, con la ayuda de Faustino y Moncho Otero, los intrépidos marineros gallegos que los trasladaban a remo, enlazando, ¡por fin!, con los buques del Royal Navy fondeados en la proximidad.

Así fue como se salvaron parte de los 30.000 refugiados de los que habla el embajador Hoare entre 1940 y finales de 1941, aunque no sea fácil precisar el número exacto que pasó por ese enclave. Y así lo confirmó personalmente, en abril del 2003, Lola la Grande, la guardesa de la finca en los años 1940. Con sus lúcidos 91 años, relató la forma en que los diplomáticos ingleses llegaban a La Portela, ya tarde, con sus protegidos. Allí pasaban la noche, antes de salir por la ría de madrugada. Ella se encargaba de preparar la cena, las camas y el desayuno del día siguiente:

- Llegaban muchos hombres bien vestidos, hablaban poco y yo solo me encargaba de atenderlos.

- ¿Pero nunca le dieron ninguna explicación de a qué iban?

- Claro, eran perseguidos. Hasta el punto de que el doctor firmaba sus certificados de defunción, como que habían muerto. Unos salían por la casa, pero otros iban hasta Guillarey, junto a Tuy, en el río Miño. Allí los esperaba el hermano de María, una muchacha que había en la casa y los cruzaba a Portugal.

-¿Cómo?

-A nado.

Huelga decir en qué situación deberían estar para llegar a esta solución. También cabe pensar que eran tantos los hombres perseguidos, de acuerdo con el testimonio de Lola, que había que diversificar las salidas para evitar concentrarlos a todos en ese único rincón de la ría de Vigo. Intentamos comprobar posteriormente si había constancia de algún difunto extranjero en el Registro de Redondela, pero entre 1937 y 1943 no aparece ni rastro de apellidos extraños, o que no sean de gente de la localidad.

¿A quién podían interesar unos falsos certificados de defunción? ¿A quién se los entregarían finalmente? ¿Cómo podía el MI6 en España poner al Dr. Martínez Alonso en una disyuntiva tan expuesta? Ante un engaño de ese calibre, incluso el Colegio de Médicos español, si hubiera llegado a enterarse, lo habría destituido de la carrera inmediatamente. Ni siquiera los británicos se hubieran atrevido a hacer correr tal riesgo a un colaborador tan comprometido, si no estuvieran seguros de que no podía pasarle nada. Se trata, pues, de un

interrogante todavía sin respuesta, aunque es muy posible que los certificados de defunción firmados en Redondela tuvieran que ver con los otros falsos certificados médicos inventados durante la epidemia de tifus en Miranda de Ebro. Era, en definitiva, la mejor forma de zanjar la persecución. Pero éste es aún uno de tantos episodios de la última guerra europea del siglo XX que quedan por aclarar.

Ninguno de los hechos narrados tuvieron ninguna repercusión posterior para el doctor Martínez Alonso que, al regreso de su huída obligada a Inglaterra en 1946, continuó ejerciendo como jefe del Servicio de Cirugía Torácica en el hospital de San José y Santa Adela, el centro de la Cruz Roja Española en Madrid, sin que nadie del recalcitrante gobierno franquista de aquel momento (si es que alguno estuviera enterado), le recordase o le pidiese cuenta de los acontecimientos pasados, sin interferir para nada en su futuro personal o laboral, hasta el final de sus días...

* * *

[1] Martínez Alonso, E., *Memoirs of a Medico*, New York, Doubleday & Co. Inc, 1961

[2] West, N. , *MI6 British Secret Intelligence Service Operations, 1909-45*, London, Weidenfeld and Nicholson, 1983, p. 85.

[3] *Ibidem*, pp. 65-86.

[4] *Ibidem*, p. 84.

[5] Stafford, D., *Churchill & Secret Service*, London, Abacus, 1997, p.178.

[6] West, N., *ob. cit.*, p.85.

[7] *Ibidem*, p.134.

[8] Hoare, S., *Ambassador on Special Mission*, London, Collins 1946, p. 78.

[9] Martínez de Vicente, P. , *Embassy y la Inteligencia de Mambrú*, Madrid, Veleció, 2003.

[10] Especialmente en los archivos británicos, Public Record Office y también en el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores español.

[11] Como ha puesto de relieve un reciente libro de un estudioso local, José Ángel Fernández Santos, *Historia del campo de concentración de Miranda de Ebro (1937-1947)*, Miranda de Ebro, Autoedición, 2003.

[12] Hoare, S., *ob.cit.*, p. 226.

[13] Martínez Alonso, E. *Memoirs of a Medico*, New York, Doubleday & Co. Inc, 1961, pp. 193 -98

[14] Hoare, S. , *ob. cit.*, pp. 227-228.

[15] *Ibíd.*, pp. 236-237.

[16] Stafford, D., *ob. cit.*, pp. 236-237 y 268.

[17] Véase Hoare, S., *ob. cit.*, apartado 11 y José Ángel Fernández López, *ob. cit. supra*.

[18] Así se lo comentó personalmente a la hija del doctor Martínez Alonso el propio Alan Hillgarth veinticinco años después.

[19]Cfr. E. Martínez Alonso, *Memoirs of a Médico*, New York, Doubleday, 1961; S.Hoare, *Ambassador on Special Misi3n*, London, Collins, 1946; N. West, *M16. British Secret Intelligence Service Operations, 1940-45*, London, Weidenfeld & Nicolson, 1983 y *Unreliable Witness*, London, Grafton Books, 1984; y D. Stafford, *Churchill & Secret Service*, London, Abacus, 1997.

[20] Hoare, S., *ob. cit.*, p. 238.

[21] Que se publica en *Embassy y la Inteligencia de Mambrú*, capítulo 21.

[22] FO 371. W10891/W11861/W12534/107/48. Refugiados polacos internados en Espa1a.